

# Capítulo 1

*Mayfair, 1810*

*H*asta esa noche, el teniente coronel lord Heath Boscastle había vivido bajo la placentera ilusión de que era el amo de su destino. Y no era que hubiera escapado totalmente de la mala suerte, no; por el contrario, había enfrentado y superado más que su justa cuota de adversidades. Estaba convencido de que ya se merecía una cierta paz. Al fin y al cabo, había sobrevivido a la guerra, a la tortura, al espionaje, a dos amantes temperamentales y a una familia que desafiaba constantemente las reglas de la sociedad.

Tal vez podía atribuir a todas esas experiencias que hubiera logrado disimular el asombro que le producía lo que acababa de pedirle su amigo el coronel sir Russell Althorne.

Un hombre menos experto que Heath en ocultar sus emociones podría haberse traicionado. Pero a él no le delató la más mínima emoción. Lo más probable era que estuviera en un leve estado de conmoción. Medio se había imaginado que Althorne le exigiría volver al servicio militar, vale decir como soldado, no como acompañante de una dama. No se habría esperado ese recordatorio de una aventura sexual del pasado, por inolvidable que hubiera sido esa aventura.

—Y bien, ¿lo harás o no? —le preguntó Russell por segunda vez—. Preferiría marcharme de Londres con este asunto resuelto.

¿Me harás el favor de cuidar de Julia en mi lugar mientras yo esté ausente?

—Podrías habérmelo dicho con más tiempo.

—Estabas en Hampshire.

—Podrías haberme escrito.

—¿Qué? ¿Para que tuvieras tiempo para negarte?

—Tú y tu maldito corazón, ¿eh? —dijo Heath, moviendo de lado a lado la cabeza.

Estaban de pie en la galería que daba al salón de baile, a un lado del primer rellano de la magnífica escalera de la mansión de Maifair. Para cualquiera que los observara desde el muy iluminado salón de baile de abajo parecerían dos invitados aburridos que se habían alejado de la bulliciosa multitud para fumar sus cigarros en paz.

Habían fortalecido su amistad cuando eran oficiales novatos e inexpertos de la caballería ligera en Portugal, donde las emboscadas, las batallas, el trabajo de reunir información y las patrullas en la gélida oscuridad daban respuesta a su sed de aventuras. Desgraciadamente, Heath fue capturado en una de esas acciones y fue el coronel sir Russell Althorne, su superior, quien lo rescató, perdiendo un ojo al hacerlo por lo que fue aclamado como héroe.

Heath miró a través de la nube de humo al gentío que se arremolinaba más allá de las columnas de pórfido que sostenían la galería. Distraídamente pensó si la mujer de que estaban hablando estaría en esa fiesta. ¿Se reconocerían? ¿Qué se dirían? El encuentro sería tremendamente incómodo, tomando en cuenta su corta pero memorable aventurita.

—No puedo —dijo—. Hace muchos años que no veo a Julia. No tenía idea de que su marido había muerto ni de que ella había vuelto a Inglaterra.

Como tampoco se había enterado de que Russell, cazador y con hechuras de héroe, se había comprometido en matrimonio con ella. Althorne siempre había sido un hombre ambicioso y competitivo, ya desde la época de la universidad. Al parecer estaba resuelto a dejar su marca en el mundo.

Era unos cuantos centímetros más bajo que él, más ancho y fornido, de pelo castaño cobrizo, ojos castaños y facciones angulosas. El suyo era un atractivo tosco; lo que le faltaba en refinamiento lo compensaba con resolución.

—Tuve que convencerla para que aceptara mi proposición —dijo Russell entonces, en un tono que expresaba bastante perplejidad—. ¿Te puedes creer que Julia sería capaz de rechazarme?

—¿En qué estaría pensando? —musitó Heath.

—No estaba pensando, obviamente.

Russell le sonrió a una de las agraciadas jovencitas debutantes. Aturullada, la chica se sonrojó, tropezó y chocó con su pareja de baile.

Russell se rió.

Heath exhaló un suspiro.

—¿Está en peligro? —preguntó.

—No lo sé. La tía de Julia está convencida de que vigilan su casa. Yo lo dudo. Lady Dalrymple tiene fama de ser algo bobalicona. De todos modos creo que no es prudente subestimar a Auclair. Este hombre se bate en duelos mortales por simple diversión. Parece que su deseo de venganza es algo personal.

—¿Cómo lo sabes?

Russell apretó las mandíbulas.

—En los bajos fondos ha comentado que desea matarme.

—La guerra terminó.

—Al parecer Auclair no ha saciado su sed de violencia. La última vez que lo vieron estuvo en el Tortoni y en otros cafés en busca de una buena pelea. Su conducta no es algo que pueda entender una mente racional.

Heath guardó silencio. Los dos sabían muy bien que Armand Auclair era una amenaza para ellos, pues deseaba vengarse. Ex espía francés, Auclair no sólo lo había torturado a él sino también a muchísimos otros soldados ingleses, y había evitado que lo capturasen en Portugal. Ni él ni Russell le habían visto nunca la cara; durante los interrogatorios Auclair llevaba una máscara de verdugo. Russell sabía

muy bien lo de las horribles torturas que Auclair infligía a los hombres que tomaba prisioneros; la mayoría habían muerto.

¿Pero tendría una idea Russell de lo que había significado para él la mujer con la que pensaba casarse? ¿De lo que ocurrió ese mes de agosto de hacía tantos años?

Era evidente que no. Lo más seguro era que Julia no se lo hubiera dicho. De haberlo hecho, por nada del mundo estaría teniendo lugar esa conversación.

Su encuentro con Julia Hepworth fue una apasionada y muy breve aventura amorosa secreta. No existía nadie en el mundo que supiera que la había deseado desde el día en que ella le disparó en el hombro, hacía varios años; que ella era la única mujer a la que deseaba no haber perdido. Había vacilado en reconocer eso incluso para sí mismo. Solamente con el paso de los años comprendió que nunca había encontrado a otra que la reemplazara.

La herida física que le hizo no fue permanente, pero él nunca volvió a sentirse como antes; la otra herida estaba donde no se veía.

Recordaba con todos los detalles esos momentos, cuando él iba saliendo sigiloso de detrás de un montón de piedras para gargarle una broma a Russell saltándole encima, y Julia le disparó desde su caballo.

La bala le rozó el hombro.

Ya la primera mirada que le echó le perforó el corazón; de tanto en tanto esa herida le sangraba un poco, aunque había aprendido a vivir con el dolor. No pudo dejar de sonreír levemente al recordar ese primer encuentro.

«¿Te he hecho mucho daño? —preguntó ella, saltando del caballo para examinarlo—. Dime, por favor, que no te he matado.»

Él no se movió, sumergido en un mar de sensaciones contradictorias: el lacerante dolor en el hombro; la vergüenza de que le hubiera disparado una mujer; el perturbador calor de las manos de ella al abrirle con toda naturalidad la chaqueta de montar para examinarle el

pecho. El roce de su pelo cobrizo oscuro en su vientre le inflamó los sentidos. Cómo podía desear a una mujer que casi lo había matado, desafiaba toda razón. Pero, condenación, ella lo excitaba. Entrecerró los ojos, considerando la situación.

«Oye, di algo» —dijo ella, aterrada.

Era alta, de cuerpo voluptuoso, hermosos pechos y talle fino y flexible; francamente imponente. Era la mujer más atractiva que había conocido en su vida, y deseó acostarse con ella ahí mismo. Ahí, entre las piedras, como un bárbaro.

«Muy bien —dijo entre dientes, reprimiendo todos sus instintos bárbaros—. Me has matado. Estoy muerto. ¿Te hace feliz eso?»

«No tienes por qué ser tan grosero.»

«¿No? Perdóname si me resulta difícil hacer gala de mis buenos modales estando tumbado de espalda con una herida de bala.»

«No sé por qué eres tan horrendo. Fue un accidente. Me asusté. De verdad pensé que podría haberte matado.»

«Acércate —gruñó él—. Me disparaste. ¿Qué demonio se apoderó de ti? Me disparaste.»

«Bueno, no es de extrañar —dijo ella, ya en tono indignado—. ¿Qué pretendías al saltarme encima desde detrás de esas piedras?»

«Te confundí con un conocido.»

«Bueno, yo pensé que eras el zorro rabioso que anoche atacó al ganado.»

«¿Acaso tengo aspecto de zorro rabioso?» —preguntó él, malhumorado.

Lo desconcertó el brillo pícaro que vio en sus ojos grises, y lo atrajo también. No sabía qué era peor, que ella lo hubiera herido o que él la deseara a pesar de eso. Esa no era una reacción normal de alguien que había recibido un disparo. Se sentó bruscamente cuando ella le echó hacia atrás la camisa para examinarle la herida que le había hecho.

«No se ve tan grave como temí.»

«Para ti es fácil decir eso.»

«Lo siento.»

Él giró la cabeza y sintió en la mejilla el roce de su fuerte mentón.

«Es un hombre hermoso —dijo ella en voz muy baja—, en lo que a hombros se refiere.»

Él sonrió a su pesar.

«¿Sí?»

«Claro que no soy una experta.»

Él le miró la boca: roja, húmeda, invitadora. Había oído comentar a uno de los jóvenes del grupo que Julia tenía un algo de diabólica; pero lo dijo más como elogio que como crítica. Apostaría que el hombre que dijo eso no había recibido jamás un disparo de ella ni luego sufrido el delicioso padecimiento de tenerla prácticamente gateando encima de él para quitarle la camisa. O tal vez sí. Por todo lo que él sabía, ella había dejado unas cuantas víctimas a su paso.

«¿Tenemos que decírselo a alguien?» —preguntó ella, mirándolo suplicante a los ojos.

«Eso depende.»

Decidió que la iba a besar. Cualquier jovencita que sabía disparar y lo había medio desvestido de esa manera se merecía que la besaran. Si no más. Buen Dios, qué atractiva era, pensó, disfrutando del cálido contacto de su vientre en el costado.

Ella bajó la mano por la pechera de la camisa, rozándole el pecho con las yemas de los dedos enguantados. La excitación le inundó las ingles.

«¿Depende de qué?» —musitó ella

Echó atrás la cabeza para mirarlo desconfiada, y esa mirada le dijo a él que no era el primer hombre que la encontraba atractiva. Aunque sí suponía que era el primer hombre al que le había disparado.

«De cuánto lo sientes.»

Ella curvó los labios llenos en una sonrisa.

«Todos me han advertido que eres un bribón, Heath Boscastle.»

«Lástima que nadie me advirtiera a mí sobre ti.»

«¿Qué soy temeraria e impulsiva?»

«No. Que eres tentadora y...»

Una sombra cayó como un paño mortuorio sobre esa vehementemente conversación, mojando el aire, apagando las llamas invisibles.

bles que saltaban entre ellos. Ya había pasado la oportunidad de besarla. De repente él sintió el intenso dolor en el hombro, e hizo un mal gesto. Julia se levantó de un salto, pisándole una mano. Podría haber soltado una sarta de maldiciones. Condenada mujer descuidada.

«Creo que vas a vivir» —declaró ella, en tono impersonal, agachándose a arreglarle la camisa sobre los hombros.

«¿Qué diablos ha ocurrido?» —preguntó la sombra.

«Le disparé» —contestó ella, con el aspecto de no lamentarlo ni la mitad de lo que debiera.

«¿Qué?»

La sombra parecía horrorizada. Heath cayó en la cuenta de que era Russell, la última persona que habría deseado ahí, como testigo de su humillación.

«¿Le disparaste a mi mejor amigo? —dijo entonces Russell—. Contéstame inmediatamente, Boscastle, ¿qué hiciste que la señorita Hepworth tuvo un motivo para dispararte?»

Después de eso él volvió solo a la casa de su anfitrión; no estaba de ánimo para los sarcásticos comentarios de Russell. Decidió que hablaría con Julia durante la fiesta cuando estuviera sola.

No tuvo necesidad.

Varias horas después ella lo encontró solo en la biblioteca. Los demás invitados habían salido a cazar y estarían de vuelta a última hora de la tarde, al anochecer. Sólo se habían quedado en casa él y los niños.

Al ver quién entraba a interrumpirlo, él dejó a un lado el libro. Ya se le había desvanecido la indignación; la atracción por ella no.

«No habrás venido a dispararme otra vez, ¿eh?» —le preguntó, en tono más severo de lo que habría querido.

Tenía perfectamente bien el hombro y sabía que había sido un accidente.

Ella se giró sorprendida y agrandó los ojos al verlo, y sus mejillas adquirieron un tono rosa intenso, haciendo un fuerte contraste con

su piel blanquísima. El pelo le caía bastante desordenado sobre los hombros, y llevaba algo arrugado el traje de montar. Daba la impresión de que había entrado ahí a esconderse de alguien.

«No llevo arma —dijo, levantando las manos, en señal de rendición—. Regístrame, si quieres.»

Él le sonrió. Ni siquiera pudo simular que estaba enfadado, ante esa manera que tenía ella de desconcertarlo.

«Creo que te voy a registrar.»

«Como quieras, simplemente no...»

Sonaron pasos fuera de la puerta y se oyeron voces de niños hablando en voz baja.

«¿Entró en la biblioteca?»

«Se fue a esconder en el ropero. Vamos, soldados, ¡tras ella!»

Julia se giró y puso llave a la puerta. Cuando se volvió, él ya le había rodeado la cintura, atrayéndola lentamente hacia él. Esa era una oportunidad que no iba a dejar pasar. Ella se lo debía. Bajó la cabeza y le rozó el contorno de la mejilla con los labios; tenía la piel suave como crema. Deseó saborearla.

Ella entreabrió los labios, blandos, llenos, invitadores.

«No me delates —susurró, rozándole el brazo con sus turgentes pechos—, porque si lo haces tendré que pasar toda la tarde leyéndoles a los primos.»

«¿Los primos Boscastle?»

Ella le estaba observando la cara, resistiéndose muy levemente a dejarse llevar por él hacia el sofá.

«Sí.»

«Tienes mi compasión —musitó él sentándose y sentándola a su lado—. Podrías leerme a mí si quieres.»

«No deberíamos —musitó ella, hundiendo la cara en su cuello—. De verdad, no debería estar sola contigo así.»

«Lo sé. —El suave peso de su cuerpo, el aroma de su pelo, lo estaban volviendo loco—. Fuguémonos.»

«Sinvergüenza —dijo ella, apartándose y mordiéndose el labio, con sus ojos grises soñadores—. Como si pudieras.»



«Estoy loco por ti» —dijo él, contemplándola con los párpados entornados.

«¡Te vas a marchar a la guerra!» —exclamó ella, riendo escandalizada.

«¿Y si me muero y no vuelvo nunca?» —preguntó él, atrayéndola nuevamente hacia él.

A ella le bailaron los ojos grises de travesura y de una saludable dosis de duda. Incluso en ese momento tenía los pies firmemente plantados en el suelo. Sensata y sexy. Él jamás se había encontrado antes una combinación así.

«¿Y qué?» —bromeó ella.

Él introdujo la mano bajo su chaqueta de montar, deslizándola por debajo de uno de sus firmes pechos. Ella tenía un algo a lo que no se podía resistir; algo que equilibraba su naturaleza seria. No sabía si él la estaba seduciendo o ella lo estaba seduciendo a él. No recordaba haber iniciado con tanta facilidad ese tipo de intimidad con ninguna otra mujer. Desde el momento en que la vio por primera vez comprendió que ella era diferente.

«Tienes la piel cálida y suave.»

Ella hizo una inspiración brusca.

«Nadie me ha tocado jamás ahí.»

Él le besó y mordisqueó un lado del cuello. Ella no le creería nunca que esa no era su manera habitual de comportarse, ni que de todos sus hermanos él era el más comedido.

«Nunca nadie me ha tentado así.»

«Si tú lo dices.»

«¿Crees que mentiría?»

«Creo que eres un bribón peligroso y...»

Él le besó la tentadora boca, presionándola y hundiéndola en el sofá. Habría matado a cualquiera que los interrumpiera. La deseaba toda para él.

Una cosa llevó a otra y otra. Los dos eran jóvenes, impulsivos y apasionados. En ese tiempo él ya conocía las maneras de excitar a una mujer, pero en ese encuentro no hubo nada rutinario ni planeado. Se

pasó casi una hora besándola, devorándole la boca, enterándose de los pequeños detalles que la complacían. Hablaban, entre caricia y caricia. Poco a poco, lentamente, con sus caricias y mimos la fue introduciendo en los secretos de la sensualidad; aunque ella era una inocente en los asuntos sexuales, era tan inteligente que él no podía prever sus reacciones; ni siquiera podía prever las reacciones de él. Lo único que sabía era que jamás en su vida se había sentido así.

Perdió la noción del tiempo. El resto del mundo desapareció de su conciencia, todo él concentrado en esa mujer. Recordaba que rodaron por el suelo, la chaqueta de ella tirada sobre una mesa para jugar a las cartas, con los pechos desnudos sobre el corpiño desabotonado.

A él le colgaba la camisa abierta hasta la cintura. Estaba jadeando de deseo, ya pensando en la forma de mantenerla alejada de sus amigos todo el resto de la fiesta. Ella trató de apartarlo empujándole el pecho con las palmas cuando él se inclinó sobre ella, manteniéndola cautiva entre sus muslos. Ansiaba la relación sexual; estaba duro de excitación, desesperado por encontrar alivio. La oyó gemir suavemente cuando friccionó contra ella su miembro erecto; sentía el calor de su cuerpo, sus estremecimientos de impotente excitación, la incitación de su suave piel. Le levantó la falda, desesperado por tener más de ella. El futuro no existía. Debía tenerla, aun cuando sabía que era demasiado pronto para eso.

Suavemente le apartó con los dedos los rizos púbicos mojados. Ella se quedó inmóvil ante esa invasión, y luego la penetración de su dedo.

«¿Qué me estás haciendo?» —susurró, con la voz entrecortada, insegura.

«¿Te duele?»

Ella negó con la cabeza, apretando los músculos interiores y respirando con entrecortados resuellos de placer. Él se deleitaba en ese juego con ella, acariciándola, besándole la boca y los pechos. Tenía los dedos mojados con su esencia. Nunca antes, y nunca después de ese día, había experimentado una excitación tan intensa y desesperada.

Ella reaccionaba a todo lo que él le hacía, con su cuerpo maduro para sus caricias.

«¿Y si alguien nota que no estamos?» —preguntó ella, con los ojos fijos en su cara.

«Estabas haciendo una buena obra» —dijo él, hundiendo más los dedos y deslizando los labios por su cuello, sus sentidos llenos con el festín de su piel blanca y suave como crema.

«¿Una buena obra?» —rió ella.

Él le sonrió de oreja a oreja.

«Sí. Le estabas leyendo al hombre al que heriste de bala.»

Ella le miró los hombros, el pecho y el vientre desnudos.

«No tienes nada mal.»

«Aparte del agujero en el hombro.»

Esa apasionada tarde no pensó mucho en los demás aspectos de su vida; iba a marcharse a la guerra y sabía que era posible que no volviera. Tomando en cuenta la temeridad con que se comportaron, fue un milagro que no la deshonrara totalmente. Si hubiera actuado conforme a sus instintos animales, la habría convencido con mimos de que se acostara con él. Pero los dos recuperaron la cordura a tiempo. Él no deseaba hacerle daño.

La ayudó a arreglarse la ropa, consciente del largo rato que habían estado alejados del grupo.

«Esta noche te buscaré en la cena.»

Ella le permitió que le diera un último beso junto a la puerta. Continuaron abrazados un momento, sus cuerpos ardiendo, excitados hasta el extremo de dolerles.

«No.»

«¿Por qué no?»

«Por favor, no se lo digas a nadie.»

Él suspiró con la cara hundida en su cuello, inspirando profundamente su aroma. Deseaba que ella continuara con él, no quería abrir la puerta.

«Jamás.»

«¿Lo prometes?»

Él le cogió el fuerte mentón con una mano.

«Lo prometo, pero deseo volver a verte. Tengo que volver a verte.»

Pero no volvió a verla. Esa noche ella no se presentó en la cena, pretextando que había cogido un catarro. Él pensó en la posibilidad de ir a hablar con el padre de ella, hacerle una confesión y pedirle la mano en matrimonio.

Pero ella lo había hecho prometer que no lo diría a nadie.

Por lo tanto no fue hablar con su padre.

Pero a veces pensaba qué habría ocurrido si lo hubiera hecho.

Hasta esa noche él había supuesto que nunca volvería a verla. Habían pasado años desde que los dos prometieran eludirse mutuamente. Después ella se marchó y se casó con otro hombre, y lo dejó solo curándose el hombro herido y sus sentimientos magullados. Lo más probable era que ella hubiera hecho todo lo posible por olvidar lo ocurrido.

—El problema —dijo Russell, irritado, rompiendo el silencio— es que Julia cree que es capaz de cuidar de sí misma. Siempre lo ha creído.

—Tal vez es capaz.

—No contra un hombre que asesina a sangre fría.

Diciendo eso, Russell se estiró el borde del parche de seda negra que le cubría el ojo. Heath no supo discernir si eso era un gesto nervioso o un recordatorio nada sutil de lo que había sacrificado para salvar a un amigo: él.

—Le disparó a un hombre en India —continuó Russell—, ¿lo sabías?

No, Heath no lo sabía. La había creído perdida para siempre. Nunca quiso enterarse de los detalles de su vida de casada en otro país. No era buen perdedor en el amor. Había intentado convencerse de que ella no le importaba.

—¿A un cipayo? —preguntó.

—No, a un soldado inglés borracho que estaba acosando a una de sus criadas. Le disparó justo en el culo.

Heath se rió.

—No, no lo sabía.

Aunque no lo sorprendía.

—Gracias a Dios eso no es de conocimiento público —dijo Russell, con sentimiento—. No es el tipo de cosa de la que debe alardear una joven decente.

—¿Piensas mal de ella por eso?

—Noo, claro que no —replicó Russell, sonriendo como un niño—. Pero no hace ninguna falta que el mundo civilizado sepa que estoy chalado por una condenada amazona, ¿verdad? Que este sea nuestro pequeño secreto.

Heath arqueó una ceja. Russell estaba enamorado. Ella le hacía eso a un hombre.

—No se lo diré a un alma.

—Eso lo sé también. —Entonces la sonrisa de Russell se tornó insultante—. A ti te disparó en el hombro una vez, ¿verdad? —Se echó a reír—. Buen Dios, casi lo había olvidado. Fue muy gracioso. Tú revolcándote en el barro, blanco como un fantasma, y Julia segura de que te había matado. Al principio pensé que había algo más entre vosotros. Estaba verde de celos. Parecía que ella estaba tendida encima de ti.

Heath guardó silencio un momento; tenía la imagen viva en la mente. Barro, dolor, sangre, Julia inclinada sobre él con esos límpidos ojos grises y su exuberante y tentador cuerpo.

—Me acuerdo que te reíste como loco cuando entendiste lo que había ocurrido.

—Creo que ese fue el día en que decidí casarme con ella, si alguna vez me casaba.

Heath miró hacia el salón de baile con la expresión inmutable. Divisó a una mujer que estaba intentando esconderse detrás de una de las columnas de soporte de la galería. No le veía la cara, pero algo que vio en ella le captó el interés. ¿Qué diablos estaba haciendo? ¿Jugando al escondite?

—Te conquistó a ti y a la mitad de los hombres presentes en la fiesta aquel día.

Russell apoyó un codo en la baranda. La luz de las velas de la inmensa araña de lágrimas de cristal le iluminaba la mitad de la cara; la sombra hacía borrosos los toscos contornos de la otra mitad. En parte un héroe, en parte un sinvergüenza, pensó Heath. Era un ser humano con defectos, él lo sabía, sabía que tal vez no era mejor en el fondo del corazón. Russell no tuvo la infancia fácil que tuvo él; más o menos salió de la nada para conseguir sus éxitos, y era un soldado condenadamente bueno.

—A excepción de ti —dijo Russell—. Entre tú y Julia se creó una tremenda aversión, ¿verdad? Supongo que es natural. Sois totalmente opuestos.

—No le tomé aversión, no le tengo aversión a Julia.

—Vamos, está claro que sí. Jamás he visto a un hombre y una mujer llegar a extremos tan divertidos para eludirse mutuamente. Julia me obligó a cambiar mi puesto por el de ella en la mesa esa noche, y al final no se presentó. Al día siguiente se marchó y la perdí. Al menos hasta que su marido tuvo la consideración de hacerse matar en una revuelta.

Heath movió la cabeza de lado a lado. El tiempo había tratado bien a Russell, esculpiéndole ángulos masculinos en la cara para reemplazar el agradable atractivo infantil de su juventud. Claro que el parche en el ojo favorecía su fama de un heroísmo que desafiaba a la muerte. Pero en su corazón, seguía siendo el mismo cabrón tosco y simpático de siempre.

Pero una vez le salvó la vida. Y probablemente volvería a hacerlo sin pensarlo dos veces. Era un hombre valiente, pese a todos sus defectos.

Inclinó distraídamente la cabeza saludando a un amigo que iba pasando bajo el balcón. Debería haber sabido que llegaría el día en que Russell se aprovecharía de su rango y de su amistad. Pero ni en sus más locos sueños habría imaginado que el favor tendría que ver con Julia Hepworth.

Lo asombraba descubrir que sus sentimientos por ella continuaban tan en carne viva, tan agrídulces, tan ambivalentes como entonces. Había creído que su recuerdo estaba enterrado debajo de muchos otros problemas de su pasado que era mejor no remover. No le agradaba particularmente que le recordaran lo que se había perdido.

—Si ella y yo nos avenimos tan mal —dijo—, bueno, tanto mayor razón para no pasar tiempo en mutua compañía.

Esperó la respuesta contemplando los graciosos y ágiles movimientos de las parejas que estaban bailando un vals abajo. Sentía la intensa mirada de Russell, evaluándolo, pensando, sopesando, dando nueva forma a su estrategia. Era evidente que no albergaba ninguna sospecha de lo ocurrido entre él y Julia aquella vez, tantos años atrás. Era posible que su amor propio no le permitiera imaginarse que la mujer con la que pensaba casarse podría haber estado liada con uno de sus amigos.

—Me lo debes, Boscastle —dijo Russell al fin, con voz tranquila, intencionada—. Te cobro el favor. Sólo quiero que hagas esto durante un mes.

A Heath se le oscurecieron los ojos azules. ¿Un mes con Julia? No había sido capaz de fiarse de sí mismo con ella unas pocas horas.

—Tenía pensado ir a París.

—¿Acaso el estado mayor de Wellington te ha invitado a ayudarlo en el papel de embajador?

Heath casi se rió. Russell era muy previsible en sus ambiciones.

—¿Temes perder una oportunidad?

—Esta es una oportunidad. Ayúdame a coger a Auclair y te garantizo que se te recompensará.

—¿Por hacer de niñera de tu novia? ¿Dan medallas por eso? ¿Qué debo hacer, impedir que Julia le dispare a alguien? ¿Lo dices en serio?

Russell sonrió fríamente.

—¿Eres un hombre de palabra?

Un hombre de palabra. Lo era, y siempre lo había sido. Eso era su único código infalible en un mundo de guerra y caos, la estrella popular que seguía cuando comenzaba a desviarse de su camino. Y la iro-

nía era que justamente esa su única virtud, o defecto, le impedía explicar por qué tenía que negarse.

Explicar la verdad significaría incumplir la palabra dada a Julia. Dañaría la opinión que tenía Russell de ella; era concebible que pusiera un trágico fin a su compromiso. Y él quedaría como un canalla, un sinvergüenza, un seductor de jovencitas que las besaba y luego lo proclamaba. Prefería amputarse el pie izquierdo; seguro que eso sería menos doloroso.

Movió la cabeza, resignado. Estaba cargado con el peso de su honor. Eso debería humillarlo por creerse tan condenadamente recto.

Russell se echó a reír.

—Por un instante pensé que te negarías. ¿Por qué no bajas a hablar con ella? Hazte amigo.

—¿Se lo dijiste? —preguntó, sorprendido por la arrogancia del hombre.

—Sí. Intenta ocultarle un secreto a Julia.

—¿Cómo reaccionó?

—Me parece que no creyó del todo que yo...

Captaron un movimiento sigiloso en la escalera y los dos se giraron a mirar. Un lacayo joven de librea oscura levantó la vista, y se les aproximó dándose aires de importancia.

—Ha llegado esto para usted, sir Russell. El conde me ordenó que se lo entregara.

Russell abrió la carta sellada y la leyó.

—Auclair acaba de salir para Francia —dijo, soltando una maldición en voz baja—. No me queda tiempo para convencerte, Boscastle. Tienes que hacerme ese favor. Parece que estaré en París antes que tú.

—¿Para causarle problemas a Wellington?

Russell lo miró ceñudo.

—Recuerdas como es, ¿verdad?

—Lo recuerdo —contestó él entre dientes.

No sólo recordaba la apariencia de Julia, también recordaba el hechicero timbre de su voz, su risa llana, la textura de su piel. Recordaba



ba los visos dorados en su pelo rojizo. Y la sensación de su pelo sobre su pecho desnudo como la red de una sirena, seductora y sensual.

Tenía la impresión de que se sentía atraído por ella desde, bueno, desde siempre. Desde antes que sus gustos sexuales le dejaran vacío e insatisfecho. Ella no era la primera ni la última mujer que había seducido. Pero era la única que le dejó la marca más profunda en su memoria. La única que lo dejó hambriento, deseoso de tener más de ella, curioso por saber lo que podría haber sido.

Nadie en el mundo sabía eso, lógicamente, ni siquiera Julia. No había hablado de sus sentimientos ni siquiera con sus hermanos. Se guardaba para sí sus asuntos y deseos personales. Prefería llevarse sus secretos a la tumba, que no ahogar las penas emborrachándose en el club o llorarlas sobre el hombro perfumado de alguna prostituta.

Frunció sus tupidas cejas negras.

—¿Cuándo te marchas?

—Dentro de unas horas. Auclair no se me va a escapar.